

Los Ojos Azules De Mi Padre

Oscar Xiberta Soto

OSCAR XIBERTA SOTO



LOS OJOS AZULES DE MI PADRE



Capítulo 1

No había alcanzado aún la mayoría de edad cuando mi padre me arrastró a la batalla por vez primera. Se había batido conmigo previamente para probar mi temple, y al dar al poco con mis huesos en el barro, bajó su espada, y dijo: "No estás preparado". Luego sus ojos se perdieron entre las montañas, y añadió: "pero debemos partir de todos modos".

El horizonte ya había comenzado a teñirse de colores cálidos, y mi padre y yo cabalgábamos con lentitud a su encuentro. Él abría la marcha, ausente la mirada, fruncido el ceño, con una mano enfundada en metal descansando sobre el pomo de su espada. El repiqueteo rítmico de los engranajes y las placas de su armadura se asemejaba más al de un molino viejo que al de un caballero sobre su montura. Yo no era lo suficientemente corpulento para vestir una de sus armaduras, así que protegía mi carne bajo varias capas de cuero grueso. Una espada corta pendía de mi cintura, y un escudo ligero, de las cinchas de mi caballo.

Desde que partimos, mi padre no me había dirigido la palabra. Una sombra se cernía sobre su rostro, pero sus ojos, azules como el acero templado, refulgían con fiera determinación. Podía apostar a que la pregunta que torturaba mis pensamientos torturaba también los suyos: ¿Seguiría mi hermana con vida?, y si lo hacía, ¿en qué estado se encontraría?

Se contaban muchas historias sobre las criaturas que moraban aquella caverna, y puede que no todo fuera puro folklore. Se decía que eran caníbales, si es que a esos engendros peludos de rasgos sacrílegos se les podía calificar de humanos, que temían la luz del sol, que sus ojos amarillos brillaban cual luciérnagas en la oscuridad, y que su hedor a muerte bastaba para mantener alejadas al resto de las bestias de su infecta madriguera. Las más viejas del poblado susurraban que descuartizaban a sus propios muertos para dárselos de comer a sus crías, que torturaban con brutalidad a sus presas para ablandar su carne, y que sabían devorarlas de tal forma que, cuando comenzaban a cebarse con sus humeantes entrañas, todavía estaban vivas y palpitantes.

Esos seres degenerados no sabían de humanidad, ya fuera porque la hubieran dejado atrás hace mucho tiempo, ya fuera porque jamás llegaran a alcanzarla.

Pensé en lo poco que sabíamos de esas abominaciones y me apresuré en apartar de mi mente la imagen de mi hermana, pero estaba seguro de que mi padre no había podido hacerlo desde que recibió la noticia de nuestros sirvientes. Escudriñando el horizonte, con su robusta mandíbula

tensa como un cepo, mi padre intentaba templar sus nervios para afrontar la batalla con la mente clara.

Capítulo 2

Si de mí hubiera dependido no habría sido capaz de dar ni un solo paso fuera del castillo. La única razón por la cual avanzaba junto a mi padre al encuentro del sol era porque mi montura seguía a la suya, pero mi espíritu aterrado se había quedado atrás, muy lejos de allí, en la seguridad de nuestros establos.

Mi padre alzó un puño y detuvo su caballo. El mío se clavó de forma instintiva sin yo tener que tirar de las riendas. Un par de miradas a la disposición del paisaje, y mi padre desmontó. Sin pensar lo que eso implicaba, yo había descendido también de mi montura, empuñado el escudo, y la hoja de mi espada corta se deslizaba fuera de su vaina con un leve silbido, pero en mi mente seguía sintiendo el calor de las brasas de mis aposentos y el abrazo del plumón de mi lecho.

Continuamos a pie, sin levantar más ruido que el que pudieran hacer dos gatos monteses. La imponente espada bastarda de mano y media que blandía mi padre nos señalaba el camino mientras barríamos con la mirada todos los flancos con exhaustiva atención. La ruta transitada más cercana había quedado atrás hacía mucho, y avanzamos atravesando la moderada frondosidad de esas altitudes hacia la peña de formas retorcidas de la que hablaban las leyendas. Conforme ascendíamos, mis deseos de no haber venido nunca aumentaban por momentos, y cuando nuestro olfato percibió la primera bocanada de podredumbre, tan sólo la vergüenza y el temor a ser descubierto impidieron que saliera corriendo sin mirar atrás.

Sin mucha dificultad encontramos la boca de la cueva que exhalaba tan denso aliento.

Ojalá no la hubiéramos hallado nunca.

La luz intensa y apacible de la mañana parecía estar de nuestro lado, pero no conseguía reconfortarme. Mi padre volvió a detenerse para asegurar de nuevo todos los puntos cardinales, y luego me atravesó con la calidez de su mirada azul mientras su mano trataba de infundirme valor reposando sobre mi hombro. Hubiera querido detener ese momento para siempre, que mi vida hubiera acabado justo en ese instante y ese fuera el último recuerdo que llevara conmigo al Más Allá. Pero en vez de eso encaramos la entrada de la caverna, exponiendo nuestras almas desnudas al horror.

De no ser por ese hedor a descomposición, excrementos, y sabe Dios qué otras mezclas nauseabundas, la caverna habría pasado por desierta en una inspección superficial. Cuánto habría deseado que eso hubiera sido cierto. Pero al adentrarnos un poco más, no tardamos en encontrarnos montículos de palos y rocas que sugerían una distribución intencionada, y

un poco más allá, en el centro de una amplia sala, tras una estrecha galería, la única evidencia que puede demostrar la presencia de cualquier conciencia levemente humanoide: el fuego de una hoguera.

Las sombras retorcidas y los caprichosos contornos que su moribundo titileo proyectaba contra la roca hicieron que me fijara en un punto lejano, donde su parpadeo se reflejaba de una manera peculiar, y mis tripas dieron un vuelco. Sabía lo que era aquello, aunque no lo divisara con claridad. Mi mente y mi alma se paralizaron, y todos mis instintos bramaban por volver sobre mis pasos y salir de ese refugio de demonios, pero, perdida la voluntad sobre mis propios actos, mis pies me iban arrastrando paso a paso hacia aquellos reflejos blanquecinos, hacia aquellas formas escondidas tras el manto de la penumbra, hacia el cuerpo desnudo de mi hermana, amarrado de pies y manos a un tronco de árbol.

Capítulo 3

A pesar de mi terror, seguí avanzando, y a medida que me acercaba, la luz agonizante de la hoguera ponía al descubierto más y más aberraciones cometidas sobre aquel cuerpo profanado. El cabello negro y húmedo se le aplastaba contra el rostro ocultando sus facciones. Su cabeza se tambaleaba y emitía débiles y extraños sonidos, como en estado de extrema embriaguez, sin ser consciente de mi presencia o de nada que sucediera a su alrededor. Jamás había visto a mi hermana desnuda, y me turbaba la sola idea de posar mis ojos sobre ella en aquel estado, pero ese absurdo pudor infantil me abandonó nada más mi mirada comenzara a descender por su blanca piel y contemplara la multitud de cortes y arañazos que la desgarraban, y las enormes manchas oscuras de sus hemorragias internas. La respiración se me disparó al contemplar ese horror, pero eso no fue lo que me hizo dar un respingo y caer de espaldas jadeando como un perro, llamando la atención de mi padre. Fue el ver que una de sus piernas desaparecía por debajo de la rodilla.

Mientras mi padre acudía a rápidas zancadas, mi vista no podía apartarse de aquel muñón todavía humeante, e imágenes de tortura, canibalismo y brutalidad bombardeaban mi tierna conciencia de adolescente. Casi al mismo tiempo, un chillido infrahumano rompió el silencio de la caverna, y una forma oscura y primitiva salió de la penumbra cortando el aire como un lobo hacia la espalda de mi padre. Otros gritos igual de insoportables siguieron a ese, y mientras mi padre se zafaba de la primera criatura golpeándole con la codera de su armadura y el pomo de la espada, otras dos más se abalanzaron sobre él, haciéndole caer al suelo. Podía ver el forcejeo de los tres cuerpos cerca de mí, e intuía la presencia de otras figuras en la sombra aguardando su oportunidad. Escuchaba el arañazo de las zarpas de esos seres malditos contra el peto de la armadura, y el chirrido de sus colmillos rayando el metal de sus hombreras, y lo único que hacía yo era abrazarme contra los muslos arañados y machacados de mi hermana, como si en su estado de precaria supervivencia todavía pudiera esconderme tras su vestido como cuando éramos niños.

Mi padre rugía como las criaturas que estaban sobre él, lanzaba demoledores puñetazos con su guantelete, y por todos los medios trataba de recuperar la espada, que había caído fuera de su alcance tras aquella avalancha de bestias. El fuego de su mirada resplandecía con espíritu combativo, y los ojos amarillos de esos animales le devolvían un reflejo salvaje y obscuro. Mi padre seguía partiendo colmillos, pateando esternones, y rajando pieles malolientes con su daga, sin poder incorporarse, bajo una lluvia de arañazos, mordiscos y golpes que le abollaban la armadura y trazaban líneas rojas en su rostro. Entre todo ese caos de bramidos, quejidos, y resoplidos, su voz resonó como el rugido de

un león: "¡Lucha, Alío, lucha!"

Pero yo seguía amarrado a la carne torturada de mi hermana, rezando para que esos monstruos no me consideraran una amenaza a pesar de sus palabras.

Abriéndose paso a cuchilladas, mi padre consiguió ponerse boca abajo, y durante un segundo antes de levantarse, el brillo azul de su rabia me atravesó, y mi alma sufrió una herida que ya nunca sanaría. Mi padre no estaba luchando por su vida, sino por la de mi hermana y por la mía, que tan ingratamente resguardaba bajo las faldas de la cobardía, confiando en que los horrores del mundo desaparecerían si les daba la espalda.

Mi padre había conseguido incorporarse y su mano empuñaba de nuevo la espada, aunque, a la distancia tan corta a la que esas aberraciones le acosaban, la temible hoja bastarda era incapaz de cumplir con su cometido. Confiando en que la armadura le siguiera protegiendo como hasta ese momento, mi padre encajó el antebrazo entre las babosas fauces de una de las criaturas y la empujó hacia el muro de la cueva. Cuando su cráneo percutió contra la roca, ya había creado el espacio suficiente para alzar hasta medio cuerpo la espada y atravesar con su acero las podridas vísceras de esa abominación. Al darse la vuelta para encarar al resto, una zarpa le surcó el rostro llevándose por delante la oreja y parte de una mejilla. Mi padre respondió a esto alzando una media luna cargada de muerte hacia la ingle de otro de esos demonios, que le segó la pierna tan limpiamente como si no hubiera habido hueso. Los aullidos de dolor de las dos criaturas moribundas resonaban en mi mente alimentando aún más mi pánico y crispando mis dedos sobre la carne amoratada de mi hermana. Con un mandoble descendente, mi padre abrió el pecho de otro de esos engendros, pero cuando la punta de la espada chocó contra el suelo, una enorme roca hizo crujir su nuca, apagando esa mirada azul por un momento, mientras se desplomaba sobre una cama de lodo y sangre.

Las criaturas que quedaban en pie parecían comprender que la lucha había terminado y rodearon a mi padre contemplando cómo se retorció, gimiendo, a medida que recuperaba la consciencia. Él también sabía que todo había acabado, y el ardor de la determinación había abandonado su mirada para dejar paso a la tristeza y el pesar del deber no cumplido, a la decepción y la agonía de partir de este mundo sabiéndose incapaz de defender a su familia. La criatura que empuñaba la gran piedra que le había postrado se colocó ante él, y la alzó una vez más sobre su cabeza.

Fue sencillo leer el dolor en la última mirada que posó mi padre sobre la atormentada figura de mi hermana, pero jamás pude descifrar el significado de la que clavó después sobre mí, como hielo azul, como viento gélido, vacía y sin expresión, antes de que la roca descendiera y la

apagara para siempre.

Lo que recuerdo a continuación fue un enjambre de puntos amarillos volviéndose hacia mí como luciérnagas. Recuerdo haberme puesto a temblar y a llorar mientras esas luciérnagas se me acercaban lentamente. Recuerdo haber gritado de rabia, terror, y, sobre todo, de odio. Odio hacia mí mismo y mi maldita cobardía. Recuerdo haber arañado la tierra húmeda y haberme frotado con ella la cara, entre gritos y sollozos, hasta sentir arder mis mejillas.

Recuerdo que quería morir.

Recuerdo haber empuñado de nuevo mi espada corta y mi escudo y lanzarme, ciego de desprecio hacia mi propia vida, al medio de ese bosque de luciérnagas, blandiendo mis brazos en total enajenación suicida. Recuerdo mandíbulas rotas, cráneos abiertos, miembros cercenados, mordiscos en la madera, crujir de costillas, dolor por todo el cuerpo, y sabores amargos salpicando mi lengua.

Recuerdo arrodillarme en un charco de sangre, en el centro de un corro de cadáveres negros y pestilentes, y bramar al cielo hasta quedarme sin aliento y sin sentido.

Capítulo 4

He maldecido mi vida desde aquel momento.

Mi hermana jamás volvió a pronunciar palabra. Su silencio, y mi total negativa a responder cualquier pregunta acerca de su pierna amputada, la desaparición de mi padre, o sobre su vientre cada vez más hinchado, comenzó a llenar de sospechas las mentes de nuestros familiares, y de rumores los corredores del castillo. En poco tiempo, esos rumores se extendieron también al resto del poblado, y, antes de que mi hermana diera a luz, la opinión generalizada era que la criatura que crecía en su vientre era fruto de nuestro incesto.

Los miembros de nuestra propia sangre nos despreciaban en silencio y acabaron por expulsarnos de su mesa, obligándonos a comer en un frío y oscuro rincón del salón junto a nuestros iguales, los perros. Apenas abandonábamos nuestros aposentos por temor a las miradas de asco que nos acompañaban a todos lados, y nuestra familia se comportaba en sociedad como si jamás hubiéramos existido. Hubiera dado con gusto mi alma para acallar esos cuchicheos envenenados que sugerían que mi padre me había descubierto violando a mi hermana y por eso le había dado muerte, pero no podía, porque yo había matado a mi padre, así lo sentía dentro de mi alma.

Y cuando nuestro estatus dentro de la familia ya no podía degenerar más, mi hermana dio a luz.

La matrona, nada más extraer al bebé, lo dejó caer con un alarido de horror y salió despavorida de la estancia. Al acercarme a recoger del suelo aquella berreona aberración, me invadió una bocanada de un olor nauseabundo que había estado casi un año intentando olvidar. Olor a caverna, a peste, a maldad, a pelo mojado y sangre coagulada. Nuestros familiares irrumpieron en la estancia y se detuvieron nada más cruzar el umbral. La visión de mis manos sosteniendo esa negra deformidad recién salida del vientre de mi hermana acabó de convencer sus beatas mentes de que aquel incesto, que ni reconocíamos ni negábamos, estaba bendecido por el propio Diablo.

Fuimos expulsados del castillo, de la familia, y del pueblo. Pasamos meses vagando en una carreta, rehuyendo todo contacto humano, hasta que encontramos un lugar lo suficientemente remoto como para que nadie pudiera escuchar los graznidos de esa criatura del infierno, y allí nos asentamos.

Cada día desde entonces he sentido el impulso de acabar de una vez por todas con la vida de esa bestia chillona. Cortarle la cabeza, atravesarle el pecho, asfixiarle con las telas de su propio lecho hasta que sus diminutas

garras emponzoñadas dejen de arañar el aire.

Pero no soy capaz.

Porque cada vez que me acerco a su cunita, daga en mano, ahí están otra vez, observándome entre ese pelo enmarañado y esas facciones pseudohumanas: los ojos azules de mi padre, atravesando mi alma con su viento helado, sus reflejos indescifrables, y sus preguntas sin respuesta que me atormentarán hasta el mismo día en que este cuerpo condenado caiga sin vida sobre la tierra de su propia tumba.